



MEMORIA DEL AGN

El Archivo General de la Nación, 1940-1950.

En mínimo homenaje.

*Guadalupe Pérez San Vicente**

Durante la década 1940-1950 la nación mexicana transitó, en el ámbito político, del último periodo presidencial de un gobernante militar, el general Manuel Ávila Camacho, al del primer presidente civil, el licenciado Miguel Alemán Valdés.

En esta etapa la cultura tuvo importantes logros: la creación de El Colegio de México, el encauzamiento jurídico de la Universidad Nacional Autónoma de México y las creaciones del Instituto Nacional de Bellas Artes, el Observatorio de Tonanzintla, el Seminario de Cultura Mexicana, la Universidad Iberoamericana, el Colegio Nacional y el Premio Nacional de Ciencias y Artes. Lejos estaba el daño al zócalo de la vibración permanente del metro.

* Doctora en Historia. Secretaria Histórica del Consejo Histórico de la Ciudad de México.

Su emplazamiento y personal

El día primero de enero de 1940, el Archivo General de la Nación volvió a la jurisdicción de la Secretaría de Gobernación, después del breve intervalo de pertenecer al Departamento Autónomo de Prensa y Publicidad, de 1937 a 1940.

La institución encontraba su ubicación en las plantas baja y primera del Palacio Nacional, en el Patio Presidencial. Lo que si bien garantizaba el resguardo especial de la custodia militar, le dejaba desamparado ante las contingencias de la vecindad, en el segundo piso, con el gimnasio de los miembros del Estado Mayor Presidencial.

Contingencia como la del infortunado fin de semana en que permanecieran abiertas las llaves de un baño y el agua inundó el sector en que se guardaba la Correspondencia de Virreyes, con el desastre consiguiente.

En esa época el Archivo se cerraba el viernes a las quince horas y volvía a abrirse hasta el lunes a las siete de la mañana. Los acordes del Himno Nacional nos anunciaban la llegada y salida cotidiana del presidente de la República y alguna vez salíamos al patio y participábamos en la ceremonia.

Una sobria placa de bronce anunciaba el local del Archivo General de la Nación y una noble puerta de madera daba acceso a la planta baja, que estaba dotada de una hermosa estantería de madera que la cubría de piso a techo. Enormes mesas de finas maderas, al igual que las nada cómodas sillas, acogían a los investigadores, alineadas sobre la derecha. Fronteros existían tres escritorios. El de la entrada de "clásica cortina" era del señor Alberto Montiel, el afable San Pedro de la institución. Su vecino inmediato era el señor Miguel Saldaña Sánchez y un poco más allá el profesor Luis G. Ceballos Moncala, jefe de la Sección de Paleografía y responsable de los Certificados de Tierras. Ambos, paleógrafos excepcionales.

Era impresionante presenciar la visita de consulta de los indígenas de diversos pueblos que recurrían al Archivo en busca de copias certificadas de los títulos de propiedad de sus tierras, quienes leían con fluidez la escritura procesal más "endemoniada" y hablaban "del Felipe" que se les había otorgado como si hubiera sido apenas ayer.

El ramo Tierras ocupaba toda la planta baja. Tenían validez jurídica los certificados que se expedían si estaban validados por el director de

propio Archivo, basado en la información presentada por el jefe del ramo, el profesor Luis G. Ceballos, con su secretaria la señora Magdalena Alcaraz y auxiliado por los señores Saldaña y Salvador González y González.

Fuimos testigos del respeto y aprecio de los investigadores al personal del Archivo y de la deferencia en el trato especial con los paleógrafos Ceballos y Saldaña; del eminente, asimismo, paleógrafo español Agustín Mellares Carlo, quien les consultaba sobre las modalidades novohispanas de la escritura. Tema por cierto en espera de estudio.

Entre los investigadores asiduos del Archivo se encontraban los alumnos de El Colegio de México, quienes aprendían paleografía con la señorita Conchita Muedras, alumna predilecta en España del maestro Mellares Carlo. A mí me correspondió serlo entre sus alumnos mexicanos.

Al llegar cada día encontrábamos a Sol Arguedas Urbina, Julio Le Riverand Brusone, Pablo González Casanova, Gonzalo Obregón, Manuel Fernández de Velasco, Hugo Díaz Thomé, Carlos Bosch García, todos después grandes amigos.

Cerraba la planta el gran escritorio del jefe del Archivo Histórico de Hacienda que lo era el historiador y maestro Joaquín Ramírez Cabañas y su secretaria. Una puerta de cristal daba acceso al área administrativa, cuyo jefe era el señor José Suárez Valera, y desde aquí se ascendía a las enormes bodegas de documentos sin clasificar, en rústicas estanterías apiladas de piso a techo, que intentaba organizar en esfuerzo titánico el licenciado Francisco González de Cossío.

A la sección administrativa correspondían también las señoras María del Socorro García Roldán y Enriqueta Hermosillo Domínguez.

En el arranque de la escalera, en la planta baja, hacia la izquierda, se encontraban los talleres de encuadernación, comandados por el señor Marcelo Barrera Ruiz, y de microfilmación, bajo la responsabilidad de los jóvenes Juan y Gilberto Manrique, con un entonces novísimo equipo planetario. Y una niña rubia con grandes moños jugaba con beneplácito general, quien hoy es una eminente maestra paleógrafa e historiadora: María Elena Bribiesca.

A la planta alta conducía la escalera en piedra bien construida que desembocaba en la sala de consulta, abierta a la investigación de todos los demás ramos o grupos documentales en que estaba organizado el Archivo.

La consulta de los investigadores era atendida con gentileza por las señoritas Eloísa Perales Bravo y Mercedes Osorio y Juvera, guías ciertas, instaladas en sus respectivos escritorios.

El tercero correspondía a la señorita Eva Garza Villarreal, secretaria del director, el maestro, literato y abogado Julio Jiménez Rueda, quien eligió para su privado custodiar el ramo Universidad, con sus forros de noble pergamino.

Era don Julio un hombre afable y generoso, dotado de una voz magnífica que matizaba y hacía revivir la poesía de los Siglos de Oro español o a los poetas nativos. A instancias suyas invitó al profesor Jorge Ignacio Rubio Mañé, organizó un Departamento de Catalogación para el cual convocó a seis alumnos de la carrera de Historia, de la Facultad de Filosofía y Letras: Beatriz Arteaga Garza, Susana Uribe, María Luisa Leal, Ernesto Santillán Ortiz, Ernesto de la Torre Villar y a quien escribe, Guadalupe Pérez San Vicente, además de a una excelente secretaria: Carmen Huerta Montes.

Para este grupo privilegiado, el doctor Jiménez Rueda organizó unos cursos con los mejores maestros: los doctores Edmundo O'Gorman y Herbert Bolton, el licenciado González de Cossío y el maestro Luis G. Ceballos.

Nuestra llegada causó cierto recelo, muy explicable desde su perspectiva: éramos unos jóvenes afortunados con preparación académica y nuestra dotación económica era mayor de la que muchos de ellos percibían después de largos años de servicios.

Sin embargo, el recelo pronto fue vencido y logramos que nos adoptaran en la gran familia de sus treinta y un miembros. De todos recibimos apoyo y no pocas veces adecuadas correcciones.

La verdad es que casi todo el personal sabía paleografía, aprendida a lo largo de sus años de esfuerzo, aun cuando ni sus nombramientos ni sus salarios les hicieran justicia.

Una puerta de vidrio limitaba el acceso a Catalogación y a otras bodegas cuyas ventanas se abrían al patio llamado de la Emperatriz.

En esta misma planta se encontraba el Departamento de Historia, cuyo jefe era el doctor Edmundo O'Gorman, y a él pertenecían el licenciado Francisco González de Cossío y el profesor Jorge Ignacio Rubio Mañé, con sus secretarías María Teresa Esquivel Otea y María Teresa Gómez, y la señorita Consuelo García Vigil.

Además de la documentación organizada en ramos, distribuida en todo el local y en las propias bodegas, existía otro cúmulo de documentación con grave riesgo de destrucción en la llamada Casa Amarilla de Tacubaya, el ex templo de Guadalupe, a la cual visitaba periódicamente el maestro Rubio Mañé para tratar de evitar daños mayores.

Su *Boletín*

Su órgano de comunicación era el *Boletín*, que estaba constituido por secciones fijas: artículos y ensayos sobre documentos inéditos, índices de los ramos del Archivo, daba cuenta de las publicaciones recibidas de la legislación conducente a la institución, se reseñaban los libros importantes y se informaba sobre las actividades históricas en el ámbito nacional e internacional.

Cumplía con creces su función de poner al alcance del público la riqueza de los materiales que custodiaba el Archivo desde la doble perspectiva archivística e histórica realizada por sus miembros, además de estudios de historiadores invitados, sirviendo de enlace entre instituciones.

La nómina de colaboradores de esta década es ilustre. Los de casa: Luis González Obregón, Rafael López, Nicolás Rangel, Ramón Mena, Ricardo Mimenza Castillo, general Gustavo A. Salas, Julio Jiménez Rueda, Edmundo O'Gorman, Francisco González de Cossío, Ernesto Santillán, Ernesto de la Torre, Jorge Ignacio Rubio Mañé, Hugo Díaz Thomé, Juan de Dios Pérez Galaz, Beatriz Arteaga Garza y Guadalupe Pérez San Vicente. Y entre los invitados: Grace Metcalfé, Fernando Ocaranza, Alfonso Caso, Guillermo Porras Muñoz, Fernando B. Sandoval, Manuel Carrera Stampa, Frances B. Scholes, Heinrich Berlin, Luis Hejar y Hajar, Gonzalo Fernández Mac Gregor, José Bravo Ugarte, Sergio Méndez Arceo y Herbert E. Bolton.

En sus páginas, el *Boletín* registró el fallecimiento de sus amigos: Alfonso Toro, Herbert Eugene Bolton, Francisco Gamonedas, Mercedes Osorio, Manuel Mestre Gliglienza y Joaquín Ramírez Cabañas.

Además de los catálogos la labor rigurosa y metódica primera responsabilidad del Archivo que cumplíamos sus pasantes. (*sic*)

El pacocioso editor del *Boletín* era don Rodolfo Gómez Díaz, con el eficaz auxilio de la señora Luz María Viamonte y con la supervisión del doctor O'Gorman.

A quien suscribe tocó preparar el índice de los números aparecidos hasta 1950 en el número 4 del *Boletín* en sus veintiún tomos, desde 1930 en que apareció su primer número fundado por el secretario de Gobernación, Carlos Riva Palacio, en total hasta entonces noventa números de publicación ininterrumpidos.

Corolario

No eran tiempos fáciles para el Archivo. Había una falta de comprensión por parte de las autoridades de la Secretaría de Gobernación para asumir la importancia de esta responsabilidad que originaba la desatención hacia su director y, a pesar de su calidad personal e intelectual, se le consideraba sólo un jefe de oficina.

Al carecer del espacio adecuado se obligaba a tener bodegas y más bodegas de documentos. El personal era insuficiente —sólo treinta y un personas—, comisionado en su mayoría de otras dependencias de la propia Secretaría.

Y, sin embargo, se trabajaba con gran entrega. Existía un vínculo afectivo entre la institución y su personal que constituía una gran familia, del cual participaban aun los investigadores, especialmente los habituales: Luis Chávez Orozco, Fernando Ocaranza, Guillermo Porras Muñoz, Vito Alessio Robles, todos, además de talentosos, elegantes. La época se prestaba para ello.

A cincuenta años de distancia la evaluación es positiva. Ya no más bodegas de papeles. Los documentos encontraron el espacio que su dignidad requería. La función del Archivo la comprende el gobierno de la República y su dirección está en las jóvenes y certeras manos de la maestra Patria Galeana, historiadora mexicana universal.